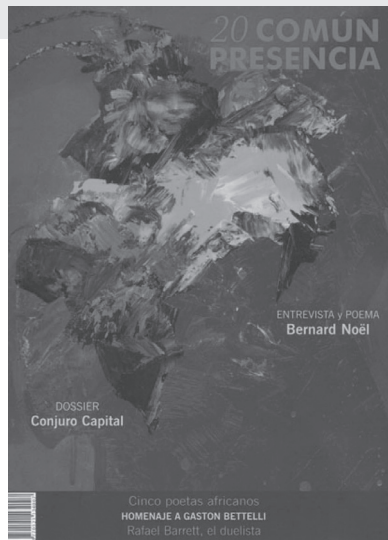


Un pacto por la amistad*

Un homenaje al amigo, al poeta Gonzalo Márquez Cristo

No había cita: la búsqueda nos encontraba

por *Enrique Ferrer-Corredor*



Éramos tres muchachos arrojados por el bachillerato a un mar de dudas en la UNAL (1982): Ómar, Gonzalo y Enrique. Los tiempos rebeldes de los 80s nos matricularon a estudiar economía, pero las preguntas de la piel nos ocuparon entre el cine, la poesía y la filosofía. Hacíamos la tarea de economía, pero nos tragábamos las hojas de novelas enteras cada tarde para calmar el hambre. No teníamos Google, pero tampoco teníamos miedo: jugábamos a la ruleta para robar libros esenciales. Las novelas rotaban antes de la ronda de cerveza obligada, entonces decidimos fundar una patria: la revista Común Presencia.

La economía nos congregaba con los horarios pactados, pero la poesía nos extraviaba, ya en las cafeterías de la universidad o ya rasgando el dinero en algún rincón con cerveza. El intercambio de heridas no cesaba, eran como una apuesta sobre la mesa: Kafka, Pessoa, Nietzsche, Durrell, Kavafis, Juarroz, Kundera, el infaltable Borges, el siempre cómplice Cortázar, circulaban como cartas de baraja en cada ronda. Y luego el cine, Buñuel, Fellini, Bergman. Claro, a veces la economía nos obligaba al encuentro, la historia económica, los neoclásicos, el obligado Marx, el cálculo

diferencial. Retuvimos a Gonzalo mucho tiempo ayudándolo a aprobar materias, luego se enojaba, decía: “no los autorizo, ahora debo volver otro semestre”. Y estallaba en risa. Hasta que vino el pacto, nos retiramos de todo y nos encerramos a leer y a escribir.

Recuerdo el día exacto del pacto de amistad, ya nos conocíamos en la facultad, pero solo nos reconocimos en una fila para el cine, en La Casita, para ver a Fassbinder. Gonzalo dijo: “hermano, menos mal ya viene la noche, porque a las 12 del día uno no puede

* Texto publicado en Confabulación No. 415, del 26 de junio de 2016.

ver a Fassbinder porque nos destroza el día” (muchos cineclubes rodaban a las 11 am cine alternativo arrimados en los teatros como antesala de la funciones comerciales). Un día un amigo no me encontraba por mucho tiempo, y le preguntó a Gonzalo cómo localizarme. Y Gonzalo le dijo: “espera que pasen a Fassbinder, vas y lo encuentras”. Muy pronto en la madrugada de la vida Sandra nos dejó. Otros cómplices se sumaron a la aventura, Yirama, Amparo, Iván... con los años otros cómplices nutrieron la cofradía. Amparo fue una capitana crucial para el timón del barco. Con los años otros nombres comunes a las dos orillas labraron las horas: Alex, Germán, Sandra, Marisol, Gabriel, Alix, Maribel.

Fueron muchos años de hermandad en familia, como buenos hermanos algunas veces el juego nos separó. Pero el amor surgía cada retorno, eran muchas las horas labradas con sangre. Esa apuesta de tirarlo todo y escribir nunca tuvo lamentos. Gonzalo, logramos hacernos lenguaje, hicimos nuestra afirmación de vida. Hermano, no sabe nadie el peso de la carga lanzada al mar para aligerar la carga. No sabe nadie que nunca encontramos tierra, porque no estábamos extraviados como Colón, no buscábamos las rutas del comercio. Pronto confirmamos nuestra isla desconocida, entonces quedamos a la deriva en un cielo azul sin fronteras, con la única certeza de que si remábamos hasta agotarnos, nuestros ojos de agua aprenderían a leer las estrellas.

Hoy he caminado entre los árboles de la Nacho, he visto un cigarrillo sosteniendo el rostro de Ómar, he escuchado el estruendo de la risa eterna de Gonzalo. Hoy la huida no ha venido a encerrarnos en la celda, hoy aprecio el sonido del verde, el cuerpo del viento, la tranquilidad del pan hecho con mis manos; a

veces un rostro de mujer me recuerda el mío. He comprendido que en esa confusión general de nuestra juventud no había cita, que la búsqueda nos encontraba. He comprendido que el horizonte está en la pregunta y que Gonzalo, un compañero de viaje, nutre con sus dudas mis preguntas. He reflexionado mucho este primer día sin nuestro capitán. Hay un libro en un estante cuyas hojas no volverán a ser leídas por nuestro hermano, habrá muchas manos abriendo los libros de Gonzalo cada día. Esa presencia común ha forjado nuestra mirada, es imposible no escuchar ahora el estruendo de su risa. Tu cuerpo ya no evita las horas gastadas de nuestro lenguaje.

Hoy soy profesor en la Facultad de nuestro nacimiento, he vuelto a caminar por los mismos pasillos donde la complicidad de la fuga nos congregaba. Fueron muchos años para descubrir el verdadero lado de los barrotes en la cárcel, fueron muchos años para saber que nadie aprende en libertad. Entro al aula, miro los rostros de mis estudiantes, veo desde donde yo miraba a mis profesores, puedo sentir las dos orillas, el tiempo es simultáneo, escucho mi voz, escucho mis maestros, como siempre, converso con Gonzalo y con Ómar. Como siempre, la complicidad nos es cara, ya me aprestaba a preparar la huida, pero hoy la puerta está abierta, he perdido la ruta de la cofradía de los mercenarios. Mis manos se mueven obedientes a la memoria, la teoría es experiencia acumulada, palabra usada. Hago mi trabajo, comparto mi destreza para lidiar con el río, cada cuerpo hará su trabajo para alcanzar la orilla. Es bello saberme casi fundido con el agua, es bello saber que he aprendido a escucharme. Hoy en esta ceremonia para Gonzalo, viene a mi memoria las palabras de un amigo, Armodio: “tal vez no era más”.

Un abrazo hermano Gonzalo, Enrique.